

“Los gobernantes de allá y de acá, los que tomaron las decisiones, están en los libros de Historia. Yagu y Tatú, no. De ellos, si no hablo yo, no habla nadie”.

UNA ANTOLOGÍA QUE EVOCA A TRAVÉS DE LA FICCIÓN LA GUERRA DE MALVINAS, UNO DE LOS EPISODIOS MÁS DRAMÁTICOS DE LA HISTORIA ARGENTINA.

LAS OTRAS ISLAS

MARCELO BIRMAJER • LILIANA BODOC
PABLO DE SANTIS • JUAN FORN • INÉS GARLAND
PABLO RAMOS • EDUARDO SACHERI
PATRICIA SUÁREZ • ESTEBAN VALENTINO



La Guerra de Malvinas se desarrolló a lo largo de poco más de dos meses pero el conflicto bélico marcaría para siempre a varias generaciones de argentinos, y muy especialmente a los miles de jóvenes que se vieron por primera vez con un fusil en la mano. Los relatos aquí reunidos dan cuenta de los sueños y esperanzas que quedaron truncados para siempre, de la experiencia crucial que dejó ese contacto directo con la muerte, y de las cicatrices de una sociedad que todavía no ha podido enfrentarse con sus propios fantasmas. Estos nueve cuentos, como las piezas de un rompecabezas, recuperan escenas de la vida cotidiana de jóvenes anónimos que formaron parte de un tiempo marcado por la violencia y la irracionalidad.

ALFAGUARA
SERIE ROJA

ISBN 978-967-04-2253-2

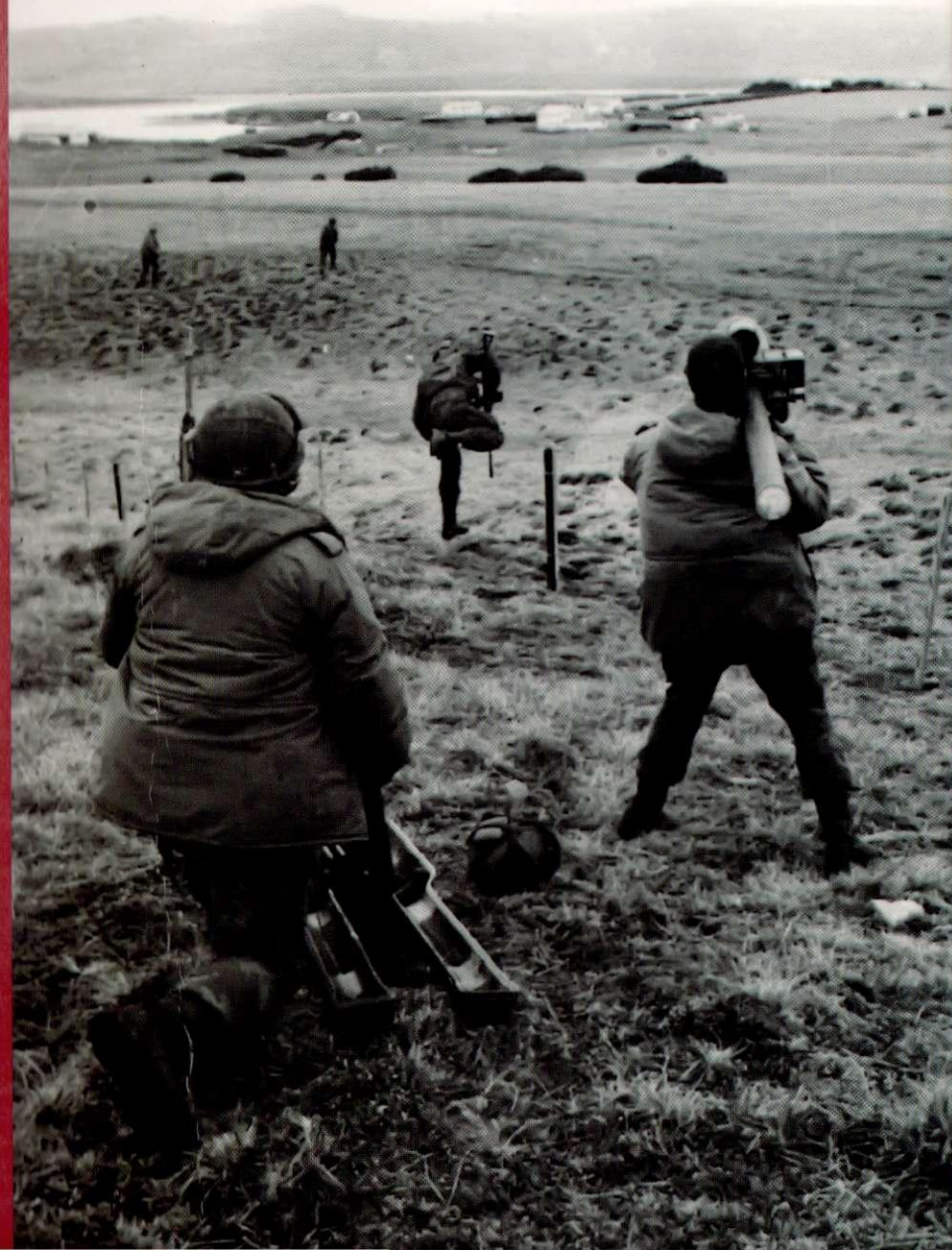


9 789870 422532

ALFAGUARA
ALFAGUARA
SERIE ROJA
LAS OTRAS ISLAS
Antología

Las otras islas

Antología



En 2005, *The New York Times* lo definió como uno de los más importantes escritores argentinos de su generación.

LILIANA BODOC

A veces, los cuentos son retumbos y destellos de hechos ciertos. Contamos lo que ocurrió. Otras veces, los cuentos son pedazos de sueños. Contamos para que ocurra.

El soldado fue tomado prisionero en los últimos días de la guerra. Y aguardaba su destino en un campamento enemigo situado muy cerca del mar. Ese mismo amanecer había escuchado los sonidos de una escaramuza lejana. Sin embargo, no alentaba esperanzas en su corazón. Nadie vendría a rescatarlo... Perteneecía al ejército derrotado, y sólo podía recordar muertos.

La guerra que estaba terminando se parecía a cualquier otra. Corrió la gente hacia el horizonte pero el horizonte era un abismo. El campesino sacudió el árbol de naranjas y, en vez de frutos dorados, cayeron pájaros sin alas. Se despertó una niña sobre un lecho incendiado. Las fotos se quedaron solas porque ya no había nadie que supiera sus nombres.

El prisionero caminó hacia la orilla del mar seguido de cerca por un soldado que lo custodiaba. El soldado tarareaba una canción que el prisionero no podía comprender. Y, aun así, pensó que aquella no parecía una canción de victoria.

Cuando llegaron a la orilla, el soldado señaló el agua. Por primera vez en muchos días el prisionero tuvo ganas de sonreír. Con apuro desató los cordones de sus botas, se descalzó y corrió hacia el mar sacudiendo los brazos tal como hacía cuando era un niño.

El prisionero había pasado su vida entera cerca del mar, en un sitio donde la tierra era de arena. Y hasta que la guerra llegó a la pequeña aldea de pescadores, fue feliz con su amada, su red y su bote.

Pero esos días habían quedado atrás, tapados por el humo de una guerra que él no entendía.

El prisionero regresó a la orilla. El soldado le miró la ropa empapada y alzó la cara al cielo como diciendo que aún había tiempo para estar al sol.

Entonces, el prisionero se arrodilló sobre la arena húmeda y comenzó a levantar una montaña.

Sus castillos de arena eran famosos y celebrados en su aldea. Los pescadores se juntaban a su alrededor para verlo trabajar. Y cuando la obra estaba terminada esperaban juntos, comiendo pescado frito y tomando cerveza, hasta que la marea la deshacía.

El soldado se acercó al prisionero con andar lento, procurando disimular su curiosidad.

Su sonrisa desdeñosa escondía un recuerdo de veranos fríos, junto a un mar que no quería jugar con los hombres. Quizá por eso, su abuelo le había enseñado a

levantar castillos de arena que no se comparaban con ningún otro. Luego esperaban juntos, abrazados para darse calor, hasta que llegaba la marea.

El soldado observó la obra del prisionero. Al parecer, ese hombre sabía lo que estaba haciendo. Pero, por mucho que se esforzara, su castillo jamás alcanzaría el esplendor de aquellos que su abuelo le había enseñado a construir.

Animado por los recuerdos, y deseoso de ganar otra batalla, el soldado comenzó su propio castillo.

El prisionero erguía una torre y el soldado trazaba pasadizos. El prisionero levantaba escaleras. El soldado, rampas zigzagueantes. Con minaretes y campanarios, crecieron los castillos de arena blanca. Y nadie, ni el mar mismo, hubiese podido decir cuál de los dos era más bello.

El prisionero terminó de moldear la última torre. Y supo que ya no podía hacer otra cosa.

El soldado se sacudió las manos... Eso era todo.

Los hombres se miraron en silencio. Muy pronto llegaría la marea a barrer la playa.

El prisionero y el soldado entendieron que solamente había un modo de lograr que la arena se hiciera inolvidable.

No es posible saber cuál de los dos sonrió primero. Y acaso no importe.

Pero de ambos lados comenzó a avanzar un puente. Un magnífico puente de arena que unió dos castillos y a dos hombres a orillas de la guerra.

En *Amigos por el viento*, de la Argentina con su novela Buenos Aires, Alfaguara, 2008.

En Alfaguara publicó *Diciembre Súper Álbum* (premio Alija 2004), en 2008 *El mapa imposible* (seleccionado por el Banco del Libro de Venezuela), *Amigos por el viento* y *Sucedió en colores* (2011).

Nació en la ciudad de Santa Fe el 21 de julio de 1958. Siendo muy pequeña se trasladó con su familia a la provincia de Mendoza. Cursó la licenciatura en Letras Modernas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Ejerció la docencia durante algunos años. Su primera novela, *Los días del Venado* (primera parte de la trilogía épica fantástica *La saga de los Coñares*), fue editada en el año 2000 y recibió los siguientes galardones: Primer premio de narrativa 2001 de la Fundación "Fantasía Infantil y Juvenil"; distinción del IBBY (International Board on Books for Young People), 2001; distinción White Ravens, 2002, otorgada por la International Jugendbibliothek (Alemania); Premio Calidoscopio (Venezuela), 2003.

En octubre de 2002 se editó *Los días de la Sombra*, que recibió el Premio Calidoscopio (Venezuela) en la categoría de Ganadores Juveniles 2003.

Su libro de cuentos *Sucedió en colores* (2004) recibió la recomendación del jurado del concurso Fundalectura y *Reyes y pájaros* fue recomendado por el Banco del Libro de Venezuela como uno de los mejores libros de 2008. También ganó la séptima edición del Premio de Literatura Infantil El Barco de Vapor (2008) que organiza Ediciones SM de la Argentina con su novela *El espejo africano*.

CLASE 63

PABLO DE SANTIS



Un sábado de febrero entré en la peluquería que estaba enfrente de casa. Los peluqueros eran dos: Alberto y Luigi. Alberto era argentino y cortaba muy bien. Luigi era italiano (había venido a Buenos Aires en 1946, meses después del fin de la guerra) y cortaba muy mal. Todos los clientes querían atenderse con Alberto. Yo prefería con Luigi para no tener que esperar. Esa mañana pasé frente a los tres clientes que esperaban a Alberto y me senté en el sillón siempre vacío de Luigi.

—Rapado, por favor.

—¿Rapado?

—Me llegó la carta del servicio militar. El lunes tengo que presentarme en el cuartel.

Entre peluqueros y clientes hubo un murmullo equidistante entre la compasión y un vago orgullo viril, del tipo "en la colimba se hacen los hombres". Pero pronto la conversación volvió a su cauce natural: el fútbol.

Alberto hablaba todo el tiempo, siempre de independiente. Luigi no hablaba nunca, excepto cuando decía su frase de cabecera. Gramaticalmente eran tres

En Alfayata publicó *Diciembre Súper Álbum* (premio alia 2004) en 2008 *El mapa imposible* (seleccionado por el Banco del Libro de Venezuela), *Amigos por el mundo* y *Sucedió en colores* (2011).

PABLO DE SANTIS



Un sábado de febrero de 1982 entré en la peluquería que estaba enfrente de mi casa. Los peluqueros eran dos: Alberto y Luigi. Alberto era argentino y cortaba muy bien. Luigi era italiano (había venido a Buenos Aires en 1946, meses después del fin de la guerra) y cortaba muy mal. Todos los clientes querían atenderse con Alberto. Yo prefería con Luigi, para no tener que esperar. Esa mañana pasé frente a los tres clientes que esperaban a Alberto y me senté en el sillón siempre vacío de Luigi:

—Rapado, por favor.

—¿Rapado?

—Me llegó la carta del servicio militar. El lunes tengo que presentarme en el cuartel.

Entre peluqueros y clientes hubo un murmullo equidistante entre la compasión y un vago orgullo viril, del tipo “en la colimba se hacen los hombres”. Pero pronto la conversación volvió a su cauce natural: el fútbol.

Alberto hablaba todo el tiempo, siempre de Independiente. Luigi no hablaba nunca, excepto cuando decía su frase de cabecera. Gramaticalmente eran tres

frases, pero podemos considerarla solo una. Todos los pequeños problemas y preocupaciones de los clientes quedaban aplastados por esa sentencia. ¿Quién se hubiera atrevido a discutirle? La charla interminable de Alberto nos hablaba de los pequeños placeres y percances que hacen nuestra vida. La frase única de Luigi nos recordaba el feroz peso de la Historia. Había que escuchar a uno y a otro para tener una mirada equilibrada sobre el significado de las cosas.

Esa mañana alguien se quejó de cuánto costaba la platea en River y agregó que no podía llegar a fin de mes, aunque febrero fuera tan corto. Alberto suspiró con fastidio: ese paso del fútbol a la realidad le iba a dar pie a Luigi para salir de su silencio y decir su frase, que desanimaba a todo el mundo. Así fue. Luigi, sin apartar sus ojos de mi ya despoblada cabeza, dejó caer su sentencia de siempre:

—Ustedes no saben lo que es el hambre. Ustedes no saben lo que es el frío. Ustedes no saben lo que es la guerra.

Silencio. ¿Qué podíamos decir nosotros, los que no conocíamos el hambre, el frío, la guerra? Pronto Alberto tiró el nombre de algún borroso defensor de Independiente y la conversación revivió.

El lunes siguiente antes del amanecer fui en tren hasta el cuartel, en Ciudadela. Era el GADA 101. Ya no existe. GADA quería decir Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea. Debíamos ser unos doscientos. La mayoría nos habíamos rapado, y otros tuvieron que pasar

por los peluqueros del ejército, tres soldados clase 62 que se ensañaban con los novatos. Nos entregaron un bolso grande, un uniforme de combate (color verde), un uniforme de fajina (color marrón), un par de zapatillas Flecha y un equipo de vajilla de aluminio, abollado por generaciones de soldados. Cuando nos llevaron a elegir borceguíes, los que quedaban eran muy chicos o muy grandes. Tuve que elegir un 45, cuatro números más grandes que mi pie.

—Rápido, señoritas, rápido —alentaba un cabo.

Nos llevaron en camiones hasta un campo en Ingeniero Maschwitz. Nos separaron en dos grandes grupos y estos a su vez en pelotones de ocho soldados cada uno. Armamos las carpas de lona vieja bajo unos altos eucaliptos.

El segundo día me hice amigo de Aguirre, que vivía en Flores y al que también, como a mí, le gustaban los libros. No podíamos leer, por supuesto, pero al menos podíamos conversar de los libros que habíamos leído. Una mañana le señalé a dos soldados que yacían en el suelo, a unos veinte metros del campamento. Estaban boca arriba, las manos y los pies separados y atados a estacas, como en una ilustración del *Martín Fierro*. Aguirre dijo que si él tenía que pasar todo el día al sol, inmóvil, con las hormigas caminándole por la cara, se moría. Pero entonces se oyó una voz serena y segura.

—Esos dos son clase 62. A nosotros no nos pueden estaquear.

—¿Por qué no?

—Somos clase 63, técnicamente no somos soldados, somos reclutas. Nos vamos a convertir en soldados recién

el 20 de junio, cuando juremos la bandera. Entonces sí van a poder estaquearnos.

El que hablaba era Pedro Lanes. Más alto que Aguirre y yo, lo que no quiere decir que fuera alto. Era uno de los pocos que había terminado el secundario, y pensaba estudiar para contador.

De otros castigos, según aprendimos los días siguientes, no podíamos escapar: cavar pozos en medio de la noche, recibir patadas de cabos y sargentos, aplaudir cardos. Pero Lanes nunca tomaba aquellas cosas como algo personal:

—Es una parte de la vida. Se pasa.

Una tarde, en un milagroso minuto de paz, mientras cosíamos las medias rotas y reponíamos botones caídos, Lanes nos preguntó con aire confidencial a Aguirre y a mí:

—¿Se anotaron entre los voluntarios para el curso?

—¿Qué curso?

—Cañones antiaéreos. Empieza apenas volvamos al cuartel.

Nadie nos había hablado de nada. Aguirre susurró:

—Mi padre me dio un consejo: “Nunca seas voluntario para nada. Nunca confíes en ellos. Que no se den cuenta de que existís”.

—Yo tengo mis razones para aceptar —dijo Lanes—. Las prácticas de fuego antiaéreo se hacen en el grupo de artillería de Mar del Plata. En Ciudadela no tienen campos de tiro, ahí sí. Sueltan unos grandes globos y les disparan con los cañones. Si acertás, te premian con días de franco.

—¿Y con eso qué? —preguntó Aguirre.

—Quiero conocer Mar del Plata.

Un sargento llamó a Aguirre para que fuera a la cocina a pelar papas. Lanes dijo en voz baja, concentrado en el hilo y la aguja:

—Yo nunca vi el mar.

Me pareció milagroso que hubiera algo que no conociera y yo sí, algo frente a lo cual no sintiera esa alarmante familiaridad con la que caminaba por la vida.

Durante un mes habíamos llevado los fusiles desde el amanecer hasta la noche. Llegó el día en que hubo que cargarlos. Nos repartieron veinte balas a cada uno. Marchamos una hora hasta llegar al campo de tiro. Primero con la rodilla en tierra y luego echados sobre el suelo les disparamos, con viejos y averiados Fals de fabricación belga, a lejanos blancos. Un teniente felicitó a Lanes, que había sido el mejor tirador de la compañía.

Al día siguiente volvimos al campo de tiro, esta vez para disparar con pistolas. Pero nunca llegamos a hacerlo. Desde temprano oficiales y suboficiales habían estado conversando entre ellos. En todo el día nadie nos había insultado ni pateado. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué de pronto nos trataban sin furia ni desprecio, como si el invisible pecado que nos había llevado hasta allí hubiera sido perdonado?

Con Aguirre consultamos a Lanes, que todo lo sabía.

—Acabamos de tomar Malvinas.

—¿Qué?

—Lo que oyen. Se suspende todo.

—¿La práctica de tiro?

Nos miró como a niños:

—La instrucción, el campamento, todo. Volvemos al cuartel.

Uno de los subtenientes que estaban a cargo de nuestra compañía nos reunió y confirmó la versión de Lanes. Dio una pequeña arenga, pero se notaba que estaba nervioso. Otros oficiales, en cambio, lucían exaltados, se abrazaban y reían. En silencio volvimos al campamento. Desarmamos las carpas y subimos a los camiones. Cuando partimos, ya era de noche.

Mientras en las tapas de los diarios y en la televisión sólo había noticias de triunfos, en el cuartel había constantes rumores de desastres y de muertes. No podíamos saber nada con certeza: no lo teníamos a Lanes. Todos los que sabían manejar los cañones antiaéreos habían sido movilizados.

Poco después de la rendición me dieron la baja, igual que a casi todos los soldados del país. Volví a la vida civil, dejé de afeitarme y de cortarme el pelo. Ya había empezado la primavera cuando me encontré en la calle con Aguirre. Antes de que tuviera tiempo de preguntar, me dio la mala noticia: Lanes había muerto durante uno de los últimos ataques ingleses, en las afueras de Puerto Argentino.

—Fue poco antes de la rendición, en medio de una retirada. Habían estado tirándoles a los aviones ingleses. Cuando los proyectiles daban en el blanco, no estallaban. Toda la munición estaba arruinada. Lanes y un soldado clase 62 quedaron en la retaguardia. Estaban

terminando de levantar los equipos cuando una bomba los alcanzó.

Yo tenía diecinueve años: no pensé en padres o hermanos, no pensé en la red que une a cada uno con los demás, en el daño de una muerte en otras vidas. Ni siquiera pensé en el otro caído, el soldado clase 62. Pensé en la muerte de Lanes como un hecho aislado, como si hubiera ocurrido en el interior de un laboratorio o en la superficie de un planeta distante.

Con Lanes la frase del peluquero Luigi no se cumplía. Él sí había conocido el hambre, el frío y la guerra.

—Le dije que no se ofreciera de voluntario —dijo de pronto Aguirre—. Que nunca confiara en ellos. Él, que sabía todo, ¿cómo no sabía eso? ¿Por qué aceptó?

La pregunta no era para mí. No era para nadie. Igual respondí:

—Quería conocer el mar.

También es autor de las novelas para adultos *La traducción* (1998), *Filosofía y Letras* (1999), *El teatro de la memoria* (2000), *El calígrafo de Voltaire* (2001), *La sexta lampara* (2005), *El enigma de París* (2007), Premio Planeta-Casamérica y Premio de Novela de la Academia Argentina de Letras, y en 2010 publicó *Los anticuarios*.

EL ALIMENTO DEL FUTURO

PABLO RAMOS



El 1º de Mayo de 1982, una semana antes de cumplirse un mes de haber empezado la Guerra de Malvinas, en mi casa se festejó el Día del Trabajador como se hacía todos los años, con asado con vino, pero, como durante todo el período de la última dictadura militar, sin la marcha peronista ni la mayoría de los amigos del sindicato. Antes de comer papá pidió un minuto de silencio por los trabajadores del mundo. Y mamá propuso una oración por los chicos del barrio que teníamos en la guerra, así dijo mamá, "los chicos que tenemos en la guerra", como si fueran sus hijos, como si fueran nuestros hermanos. En realidad, de los cuatro chicos del barrio que habían ido a la guerra sólo uno de ellos era de nuestra cuadra, de la barra de los pibes más grandes. Se llamaba igual que yo, Gabriel, y le decían como hoy me dicen a mí, el Gabby. A mí en esa época me decían Gavilán.

Como dije, papá estaba mal por la guerra. Decía que, por dos razones; una, porque la consideraba inútil, aunque creo que alguna vez dijo que al menos era justa. Y

Argentina, con dos hijos más chicos

principio de las vacaciones, me en-

anito chico en el tiempo del som-

na que le enseñara a pescar. Le enseñé a

soltar los peces sin lastimados. Lo que

de la dieta "mi hermanito" al hacer.

También es mi hermanito al hacer.

Nació en 1988. Fue periodista, productor de tele-

visión y realizador de documentales y conferencias.

En 1997 se volvió a la escuela de teatro y muchos de

sus relatos fueron premiados. En 2003, uno de sus

cuantos recibió el primer premio del concurso inter-

americano de cuentos de la Fundación Acon y está pu-

blicado en el libro *Contos de la Tierra*, con otros

de autores argentinos. Y es un escalón

de la *Angélica Godó*. En 2002, su libro de

cuentos para niños fue galardonado por el Por-

do Nacional de las Artes (Alfargués, 2008) y en 2008

publicó la novela *El rey de los cantares*, que había llega-

do a la terna finalista del concurso *Planeta* de novela

2003.

En Alfargués Juvenil publicó *Piedra papel o tijera*,

que recibió el Premio Destacado de ALJA, en la cate-

goría mejor novela del año 2009.

Actualmente coordina talleres literarios, traduce, en

colaboración, una selección de poesías de la norteamer-

cana Sharon Olds, escribe su tercera novela y da clases

de creatividad que combinan técnicas psico-corporales

y escrituras.

EL ALIMENTO DEL FUTURO

PABLO RAMOS

El 1° de Mayo de 1982, un día antes de cumplirse un mes de haber empezado la Guerra de Malvinas, en mi casa se festejó el Día del Trabajador como se hacía todos los años, con asado con vino; pero, como durante todo el período de la última dictadura militar, sin la marcha peronista ni la mayoría de los amigos del sindicato. Antes de comer papá pidió un minuto de silencio por los trabajadores del mundo. Y mamá propuso una oración por los chicos del barrio que teníamos en la guerra, así dijo mamá, “los chicos que tenemos en la guerra”, como si fueran sus hijos, como si fueran nuestros hermanos. En realidad, de los cuatro chicos del barrio que habían ido a la guerra sólo uno de ellos era de nuestra cuadra, de la barra de los pibes más grandes. Se llamaba igual que yo, Gabriel, y le decían como hoy me dicen a mí, el Gaby. A mí en esa época me decían Gavilán.

Como dije, papá estaba mal por la guerra. Decía que por dos razones; una, porque la consideraba inútil, aunque creo que alguna vez dijo que al menos era justa. Y

otra, porque, de “salirles bien”, a los milicos no los iba a sacar nadie de la Rosada. Pero yo, y mi hermano, y casi todos mis amigos, estábamos contentos. Los ingleses eran una porquería que se creían los dueños del mundo y hacerles la guerra, pensábamos, estaba bien.

La guerra para nosotros era como en las películas. Y en las películas siempre ganaban los débiles o los menos dotados. Y para nosotros esa era otra película. Sucedió lejos y no suponía, al menos eso era lo que flotaba en el aire, un riesgo mayor que el de ganar o perder unas islas que un año antes ni siquiera sabíamos que existían. Supongo que, al menos en un principio, mis amigos y yo vivimos las noticias de esa guerra, lejana pero con bandera celeste y blanca, como un Mundial de fútbol. Le dimos a uno, nos dieron a dos. Vamos empatando, los definimos con la aviación porque los aviones Pucará son los mejores del mundo. Y cosas por el estilo. Cosas de las cuales sabíamos poco y nada. Tal vez hablábamos así porque las personas mayores hablaban así, y salían y gritaban como en el Mundial '78: “Argentina-Argentina, Argentina-Argentina”, y salían con banderas y se saludaban, se sentían unidos. Todos los que yo conocía se querían anotar como voluntarios. Mi hermano Alejandro a la cabeza, y yo también, aunque en el fondo rogaba que esa oportunidad no se presentase nunca.

Para ese entonces hacía mucho tiempo que mis amigos y yo no nos reuníamos en la esquina de la infancia.

Tal vez más de cuatro años, desde que la mayoría había empezado la secundaria o algún trabajo, bastante después del cierre del taller de papá. Pero esa vez, casi sin darnos cuenta, fuimos llegando a la esquina de Armando poco a poco, como antes, como cada vez que en los buenos tiempos nos encontramos frente a una encrucijada. Ahora teníamos entre quince y diecisiete años, y alguno que otro faltaba. Marisa, por ejemplo, estaba en Bariloche, donde más tarde se iba a ir a vivir. No estaba de viaje de egresados, no; estaba en una comisión de alumnos notables que habían ido a estudiar el hábitat del zorro gris argentino. Esto le estaba contando yo al Rata, mientras compartíamos una coca de litro, cuando llegó Percha.

—Y por qué no se fue al cruce Varela, si ahí está lleno de zorros grises —dijo y largó una carcajada. El Rata y yo nos reímos también. Es que nosotros siempre le decíamos zorro gris al inspector de tránsito, porque el uniforme era gris y se escondía detrás de los árboles para hacerles la boleta a nuestros padres.

Llegó mi hermano Alejandro y le dimos lo último de la coca. Enseguida llegó el Chino y dijo que no tenía tiempo para reuniones, porque tenía que ensayar con la guitarra para la prenda “Yo sé” del programa “Feliz domingo”.

—Si no tenés tiempo, ¿para qué viniste? —le dijo Alejandro.

—Viné para decirles que no tengo tiempo.

—Bueno, chau —dijo el Rata, pero el Chino no se movió.

—¿Qué vas a tocar? —pregunté.

—“Zorba el griego” —dijo el Chino, y el Rata y Percha se empezaron a matar de la risa.

—¿De qué se ríen, infradotados?

—De esa canción... el griego que te la zorba... ¿cómo es? —y meta matarse de risa, pero yo me calenté.

—No ven que son unos ignorantes... —dije—. Parece que todavía tuvieran diez años, loco. Zorba es el nombre del griego, y es una película y la canción hay que tocarla a los pedos y para tocarla hay que ser un genio como el Chino, y no unos ignorantes mira fútbol como ustedes, ¿entendieron?

El Rata se calentó un poco.

—Che, qué te la agarrás con el fútbol.

—Se dice fútbol, Rata.

—¿Y qué, el chino no mira fútbol?

—No, miro básquet. Bueno, miro fútbol también, pero fútbol no miro.

Y ahí se quedaron todos callados, porque el básquet es un deporte distinto, como más fino, no sé. O eso habrán pensado ellos, aunque, a decir verdad, yo pensaba que es más fácil jugar a la pelota con la mano que con el pie. Aún lo creo, aunque no practico ningún deporte.

El Chino se fue a practicar a la casa y nos pusimos a hablar de la guerra.

—Che, me dijo el Jaro que le dijo el hermano que le dijo un amigo que tiene un hermano que estamos haciendo un túnel desde Quilmes hasta las Malvinas —dijo el Rata.

—¿Y quién lo está haciendo? —pregunté.

—Los voluntarios, son un ejemplo —dijo el Rata.

—Un ejemplo de estupidez —le contestó Percha—, eso sos vos. ¿Cómo van a hacer un túnel tan largo? ¿Te falla la cabeza? Ni Perón hizo una obra tan grande.

—A vos lo único que te interesa es Perón, Percha —le dije un poco molesto.

—El Gaby tiene dos años más que yo y está en el *General Belgrano* —dijo Alejandro—. A mí los voluntarios me parecen un ejemplo; el Rata tiene razón, bueno, al menos en eso.

—Pero si el Gaby no es voluntario, lo mandaron porque le tocó marina, y ese barco no va a entrar en la guerra porque es un buque-escuela —dijo Percha.

—¿Y vos cómo sabés? —le preguntó Alejandro.

—Se lo dijo un milico a mi viejo, ni ellos creen que esta guerra pueda durar más de tres meses.

Siempre que Percha decía algo nos dejaba pensando a todos y generalmente no podíamos responderle.

—Si viene el principito, se lo mandamos a la reina envuelto en una bandera argentina —se envalentonó el Rata, pero no dio risa sino un poco más del pesar que había causado, indirectamente, mi hermano Alejandro.

¿Se sentía mal Alejandro por no estar en la guerra? ¿Si uno tenía la edad suficiente, y la guerra era una guerra justa, debía anotarse como voluntario? Pensé en esas cosas pero, lejos de decir algo al respecto, le contesté al Percha.

—Mirá, sea o no sea inglés, sea o no sea el principito, con el amor de una madre no se juega —dije—, y la reina esa es también una madre. Y lo peor para una madre es que le maten a un hijo.

—La reina es una imperialista, no es una madre; además, ¿vos qué te pensabas, una guerra sin muertos?

—Bueno, con muertos, sí, pero con respeto. ¿Ustedes saben que las guerras tienen sus reglas también?

—Sí, matar antes de que te maten es la regla. Y después robarle todo al muerto: la casa, la mujer, las hijas, el dinero y los animales. Sos dueño de todo porque lo mataste —me contestó Percha con ese sarcasmo que siempre tenía.

—No es así —dijo Alejandro—, eso es inmoral, eso es salvajismo. La guerra es un conflicto de personas civilizadas, y tiene sus reglas.

—¿Y en la bomba atómica qué regla ves? La regla de que no quede ni el loro, ni los pibes chiquitos quedaron.

—Eso es otra cosa, pero si queda alguien, se lo respeta, y al que muere se lo respeta también —dijo Alejandro.

—¿Ustedes sabían que un tripulante del avión que tiró la bomba en Hiroshima vive acá en Azul?

—Callate, Percha, ya sé, y lo traje Perón.

—No, loco, posta, vive acá, se hizo monje, está loco y no habla con nadie.

—Y bueno, se lo merece, mató cientos de miles de personas

—¿Ustedes sabían que las personas aún hoy siguen muriendo en Hiroshima?

—No, acá el único que sabe las cosas sos vos.

—Eso es verdad —dijo Percha—, y el avión se llamaba *Enola Gay*.

El Percha sabía de verdad, eso era algo que nunca se le podía negar. Cuando éramos chicos eso me daba bronca, pero él sabía. Yo había visto fotos de Hiroshima, y eran monstruosas. De golpe se me vinieron esas imágenes a la cabeza. Era como si hasta ese momento no hubiera relacionado “guerra” con bomba atómica o sencillamente guerra con muerte, con dolor, con tragedia. Todo eso me cayó de golpe en la cabeza gracias a las palabras de Percha. Inmediatamente me di cuenta de que no iba a ser voluntario en las Malvinas.

—Yo no quiero quedar todo quemado —dije.

—¿Y a vos qué bicho te picó? —me dijo Alejandro.

—Me picó que si bombardean el Viaducto los ingleses nos hacen mierda.

—¿No ves que no pueden bombardear el Viaducto? —me contestó Alejandro—, la guerra está dada allá, se gana o se pierde en las islas.

—¿Y a vos quién te garantiza eso? —dijo Percha—, ¿en qué libro leíste que los ingleses se queden con las ganas de algo? Para ellos es una cuestión de poder y, si tienen que bombardear medio mundo, lo hacen y listo.

—Yo ni loco me anoto de voluntario —dijo el Rata.

—No sé lo que estás pensando, Alejandro —dije—, y yo no me voy a anotar de voluntario ni en esta ni en ninguna otra guerra.

—Che, ¿y no sería mejor pedir las islas de buena onda? —dijo el Rata.

—Sí, y te las van a dar, con todo el pescado y el petróleo que tienen —contestó Percha con toda su sapiencia peronista.

—El mar de las Malvinas está lleno de plancton, el alimento del futuro —dije yo.

—¿Y eso cómo se come? —preguntó el Rata.

—No se come, no ves que es del futuro: se va a comer, Rata; sos tan ignorante que sos insoportable —dijo Alejandro, pero el fastidio de su cara tenía más que ver con otra cosa que con las preguntas estúpidas a las que de hecho el Rata nos tenía acostumbrados.

De ahí en más todo se fue haciendo cada vez más delirante. La discusión se hizo cada vez más fanática, cada vez más futbolera. Caminé hasta la casa de Fonta, la abuela del Chino, y lo escuché tocar “Zorba el griego”. Lo tocaba mejor que en el disco original. El Chino iba a ser el genio que saliera del barrio, eso yo lo sabía bien. Tenía un don para la guitarra. Yo lo sabía porque también había empezado a practicar guitarra. Hasta había sacado unos temas del Flaco Spinetta, pero nunca se lo mostré al Chino porque me habría dado vergüenza. Escuché a mi amigo tocar y luego de un descanso empezó con “Help”. En la radio se habían prohibido Los Beatles, pero Los Beatles eran en mi barrio, para los pibes de mi barrio, quiero decir, tan importantes como Charly o el Flaco Spinetta. Así que no me pareció tan mal.

Terminé de dar la vuelta a la manzana cuando empezaba a oscurecer. Serían las siete de la tarde cuando llegó la noticia. Los ingleses habían disparado contra el *General Belgrano*, el buque en donde estaba el Gaby, el buque que se suponía que no iba a entrar en la guerra.

Llegó la noticia quiere decir que todo el barrio se conmocionó y empezó a salir a la calle espontáneamente para terminar en una especie de procesión frente a la casa de la familia de nuestro amigo. De golpe la gente se juntaba en silencio y sin bandera, sin cantar nada y con unas caras de algo que a mí me pareció en un principio sólo preocupación y que después entendí como preocupación y culpa. Alguien real, alguien a quien solíamos ver todos los días del año, flotaba ahora perdido, vivo o muerto, en el mar helado del sur. No era una noticia en el diario, no era un número anónimo y lejano, era “el Gaby”, el que me había puesto de titular en un partido contra Dock Sud. El que lloró cuando en el sorteo de la colimba le tocó la Marina, no por tener que hacer la conscripción, sino porque iba a tener que cortarse el pelo. El Gaby, hundido en un barco escuela, el Gaby lejos del Viaducto, del vino de la costa, de las tardes esquineras repletas de sol, de fútbol, de Aquelarre, Pescado Rabioso y Yes, que eran sus grupos preferidos.

Días más tarde, llegó la noticia de que estaba en la lista de sobrevivientes y había que ir a esperarlo a Bahía Blanca. Fue mi papá quien acompañó a la madre del Gaby. Volaron en un avión Hércules, un avión a hélices pero tan grande que era capaz de llevar autos, camionetas y hasta tanques de guerra en su enorme panza de lata. Siempre, desde esa vez que acompañé a mi papá hasta el aeropuerto de San Fernando y vi el avión, lo comparé con el dibujo de la serpiente constrictora

que se come un elefante entero y que yo había visto en el mejor de todos los libros del mundo: *El Principito*.

Llegaron un jueves de mayo y, por más que los vecinos se habían agolpado en la puerta para recibirlo con todos los honores, el Gaby bajó del auto militar que lo había traído, irreconocible, como viejo, porque tenía una barba muy oscura en la cara de muerto y en vez de tener diecinueve años parecía tener muchos más que mi papá o que el papá de cualquiera.

—Está arrasado —le dijo papá a mamá, luego, en casa— y encima estos estúpidos lo tratan al pibe como si hubiese sido una víctima. Es un héroe de guerra. Los que lo mandaron a la guerra son unos asesinos, y los ingleses, ya lo sabemos, la peor de todas las basuras de esta Tierra. Pero ese chico es un héroe.

—Pero dispararle a ese barco tiene que ser juzgado como un crimen de guerra, y entonces él pasaría a ser una víctima de crímenes contra la humanidad.

—Eso está bien, nena, pero sentime, no lo hace héroe haber recibido dos torpedazos y sobrevivir cuarenta y ocho horas en el mar. Lo hace un héroe su comportamiento en esa emergencia. ¿Entendés, nena? Está quemado en la cara y en las manos y tiene la espalda rota. Ya no va a caminar ni a tocar la guitarra ni nada de lo que le gustó toda la vida. Y eso, porque se metió una y otra vez, entre el fuego y los fierros al rojo, para rescatar a sus compañeros.

Eso fue lo que le dijo papá a mamá. Eso: la definición exacta de lo que es un héroe. Pero iba a ser el propio Gaby, unas semanas después, quien nos daría la lección más perfecta que jamás me hayan dado.

Es que no más se recompuso decidió, por alguna razón que jamás le confesó a nadie, citar de tres en tres a todos los pibes de la cuadra. Los primeros en ir fuimos el Percha, el Chino y yo. El Chino con la guitarra, porque el Gaby así lo había pedido. Nos acompañó papá pero, una vez adentro, junto a la madre y tres tazas de chocolate (antes, quiero decir, de que lo viéramos al Gaby) se volvió para mi casa. Pasaron unos minutos incómodos y tensos. Ninguno de los tres ni siquiera amagaba a sorber el chocolate. Hasta que el Gaby apareció. Pelado, vendado a medias como una momia descuidada, en una silla de ruedas que alguna vez había estado pintada de blanco. Se acercó a la mesa y su madre le puso una taza de té con una bombilla.

Nosotros no dijimos nada, tan solo verlo y escucharlo sorber con dificultad fue suficiente para sentir el cuerpo dormido y paralizado. Yo hacía un esfuerzo para no llorar y, mirando de reojo hacia el costado, pude ver que mis amigos estaban igual que yo. Gaby le pidió al Chino, con la voz muy finita, que tocara algo, y el Chino le tocó la canción de “Zorba el griego”. Después le tocó “Tristeza por un día”, del guitarrista de Yes. El Gaby puso una cara como de emocionarse, pero no dijo nada. Por fin volvió, pero no para decir algo revelador, sino para pedirle a la madre más galletitas. Percha aprovechó para decir algo.

—¿Comiste el alimento del futuro?

Gaby soltó un bufidito tipo risa, y dijo que no, con la cabeza, luego preguntó qué era eso.

—Plancton —dije yo— es por lo que los ingleses quieren las islas, porque es lo que se va a comer cuando no haya más comida.

—La comida del futuro es Pumper Nic, o los panchos de la cancha —dijo el Gaby, pero lo dijo serio, aunque a mí me pareció broma—. No sean boludos, no miren televisión. O miren, pero no crean en lo que ven.

Y todo volvió al silencio, y yo, nosotros, quiero decir, sin entender para qué nos había llamado. Y sin siquiera tocar la merienda. El Gaby intentó agarrar una galletita, tres veces lo intentó, hasta que, al fin, muy aparatosamente y de manera desagradable, logró llevársela la boca.

—Las manos apenas me sirven —dijo—. Igual, coma lo que coma, todo tiene gusto a tierra, y pólvora, y huele a quemado. Todo huele a quemado acá, ¿no es cierto?

Después de eso llamó a la madre, ella vino y le inyectó algo en el brazo, una ampolla blanca con una jeringa chiquita. Nos quedamos un poco más y vimos cómo el Gaby se adormecía en la silla. Algo dijimos cada uno, algo tonto, y el Gaby intentó una risa cuando Percha dijo, casi en el momento en que nos íbamos, que igualmente, él ni borracho comería lo que comen las ballenas.

El Gaby murió cinco años después, en la misma casa donde nació y se crió, en la misma casa en que nos dio aquella lección casi sin palabras. Porque, luego de eso, luego de que se lo contamos a todos los pibes de la barra, nadie habló jamás de ser voluntario en la guerra.

Nadie habló ni siquiera de la guerra, ni de esa ni de ninguna otra, y festejamos cuando terminó, aunque la hubiésemos perdido. Siempre recuerdo aquella tarde como la única vez en que tres chicos de mi barrio dejamos enfriar un chocolate en la taza.

Nació en 1966 en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, donde transcurrió su infancia.

Ha publicado el libro de poemas *Lo pasado pasado* (1997) y en Alfaguara las novelas *El origen de la tristeza* (2004), *La ley de la ferocidad* (2007) y *En cinco minutos levántate, María* (2010).

Su libro de relatos *Cuando lo peor haya pasado* (2005) obtuvo el primer premio del Fondo Nacional de las Artes (2003) y el primer premio en el concurso Casa de las Américas de Cuba (2004).

En Alfaguara Juvenil publicó la novela *El sueño de los murciélagos*, que integró la Lista White Ravens, 2009, de la Jugendbibliothek (Munich).

Su obra ha sido publicada en numerosos países de América latina y traducida al francés, alemán y portugués.